

**ANGEL GALLARDO \***  
1867 - 1934

**Bosquejo de una vida**

por el Académico DR. OSVALDO LOUDET

No voy a construir una biografía cronológica de este hombre excepcional, porque la vida de ciertos hombres desdén las fechas y supera el tiempo. Lo primero que nos sorprende es su vocación profunda por las ciencias naturales, que explica la índole de sus estudios y la curva ascendente de su vida, con la genialidad de sus aciertos. No es el azar el que lo conduce por un camino zigzagueante. Es su vocación por las ciencias de la naturaleza la que ilumina ese camino. Fue primero ingeniero civil y después doctor en ciencias naturales. Se entregó a las matemáticas en primer término, porque quiso ser exacto, preciso, recto, sin oscilaciones y sin curvas. Después fue biólogo, porque en el estudio de los seres vivos descubrió las misteriosas matemáticas de un creador. Por encima de todo esto, planeó su geometría moral, de acuerdo con su conciencia y sus creencias. Estas breves palabras pueden constituir el esquema de su vida. Una vida armoniosa, alta y serena. Se nos aparece como una montaña espiritual aislada, pero hay que señalar sus profundas raíces en la tierra. Crecerá hacia el cielo y pensará en silencio y sin ruido. ¿De dónde le viene esta forma de observar la conducta de los hombres y de las sociedades, tan paciente, tranquila y fecunda? De observar con su microscopio de naturalista las células de los tejidos, su crecimiento, su reproducción, su vida escondida y su muerte muchas veces aparente. Hubiera podido es-

\* Conferencia pronunciada en homenaje al patrono del sitial que ocupa el disertante, el 21 de abril de 1981.

cribir un libro sobre "Introducción de las ciencias naturales al mejor conocimiento político y moral de los individuos". Pero no nos detengamos en este supuesto libro, que surge de todas sus lecturas. Muchos libros no escritos son tal vez más importantes que los dados a la imprenta.

Recordemos en forma rápida la formación de su espíritu y su obra de naturalista. ¿Cuándo se despierta en su alma este amor escondido por los pequeños seres vivos de la naturaleza, animales y plantas, que pueden hablarnos a gritos o en silencios sugestivos? Esto sucede cuando casualmente cae en sus manos un pequeño libro sobre las hormigas. Las pequeñas hormigas le abrieron un largo sendero que recorrió febrilmente y que le enseñaron cómo trabajaban, cómo luchaban, cómo se defendían y cómo triunfaban en la lucha de todos los días. Hubiera podido escribir sobre las abejas que tienen alas y visitan las flores y con el néctar de las mismas preparan la miel en sus celdas. Las abejas son más poéticas y no se arrastran por la tierra. Así se explica que Virgilio las amara tanto y se haya ocupado de la "Ciudad de las abejas", de la construcción de sus panales, del modelado de sus viviendas, de la música de sus alas. Trabajan con arte. Se las siente zumbar y emiten sus murmullos en el umbral de las colmenas.

Gallardo, sin dejar de admirar el encanto del vuelo y de la música de las abejas se dedicó a estudiar la vida de las hormigas, más humildes y más trabajadoras, tan escondidas como fecundas, más oscuras, menos orgullosas. ¿Por qué esta preferencia? Porque se sentía una pequeña hormiguita de la ciencia, la más modesta de todas. Había trabado íntimas relaciones con las hormigas, las abejas y las avispas, primas hermanas, y las utilizaba según las circunstancias y los momentos. Hasta en sus ironías inofensivas utilizó con prudencia y piedad el aguijón de las últimas para despertar a los dormidos y curar a los vanidosos.

Él se sentía una pequeña hormiguita de la ciencia, la más modesta de todas y sin embargo era la más grande y hubiera pertenecido a la familia de las mirmicidas, con su labor extraordinaria. Había observado que las especies descritas en Europa eran diferentes de las observadas en nuestro país. Los estudios efectuados por él en la Capital Federal, Bella Vista, Alta Gracia, Tandil y en hormigueros artificiales construidos bajo su dirección le permitieron des-

cubrir familias desconocidas. Podemos decir que sus vacaciones las pasaba con las hormigas. ¡Cómo comprendió después las hermosas páginas escritas por un hombre de letras como Maeterlinck y otro de ciencia como Osvaldo Cruz! Indudablemente que su paraíso y el de sus hormigas fue la quinta de Bella Vista. Toda esta vida silenciosa y fecunda nos explica que llegase a ser director del Museo de Historia Natural como lo fueron Burmeister, Moreno, Berg, Ameghino, Hickel, Lillio, Torres y otros más.

El estudio de Gallardo sobre las hormigas revela una inmensa paciencia —la paciencia indispensable a todo sabio— y tiene preferencia por las cortadoras de hojas, las tejedoras, las carpinteras, las agricultoras, dejando en último término a las guerreras. Cuanto más aprendía y enseñaba, más pequeño se sentía. Además de zoólogo, Gallardo fue botánico, porque le gustaba hablar con las plantas más que con los insectos. Las plantas tienen un lenguaje misterioso que sólo entienden los botánicos y los jardineros. Los hombres se dan cuenta de la sensibilidad de los vegetales cuando observan las “sensitivas” que pliegan sus hojas cuando sopla el viento y llega el frío o cuando la noche viene. Entonces duermen.

Los trabajos de Gallardo sobre botánica versaron principalmente acerca de las formas teratológicas y anomalías hereditarias. Desde su iniciación en los estudios biológicos adoptó ideas evolucionistas, sin que ellas perturbaran su metafísica que naturalmente estaba más allá de la “física” en el sentido estricto del término.

Dictó cursos de botánica, zoología, anatomía y fisiología comparadas. Era claro, sencillo, ordenado, paciente, ameno. No solamente se aproximaba a sus alumnos con la riqueza de sus conocimientos sino con la rectitud de su conducta, generoso en sus juicios frente a las pruebas parciales y finales. Aclaraba los puntos oscuros y dudosos, y hacía la ciencia más amiga, más bella, más próxima. Se consideraba un estudiante mayor y casi confidencial y no un dómine grave, tieso y frío. Conocí personalmente a uno de sus discípulos más queridos; me refiero al profesor Juan Nielsen, que fue Rector del Colegio Nacional de Buenos Aires y enseñó ciencias biológicas en los últimos años. Escuchar a Nielsen era volver a escuchar a Gallardo, tanto

se había identificado con su maestro. Hasta le copiaba algunas ironías sonrientes para atenuar las ignorancias ingenuas de algunos de sus alumnos. Yo lo escuché a Gallardo como profesor, cuando dictaba para alumnos de Farmacia y Medicina, lo que se llamaba entonces Zoología Médica. Tenía el arte de enseñar renovando siempre la curiosidad del oyente. Pero además de este don fundamental poseía el de tomar examen. Preguntaba con amabilidad, sin ninguna duda, sin proyectar sombras, como si se preguntase a sí mismo. Hasta parecía temer que el interesado no supiese responder y en ciertos casos difíciles la pregunta escondía hábilmente la respuesta. Me tomó examen de botánica y parasitología en una mesa que él presidía e integrada por los profesores Durañona y Lacavera.

Gallardo entró en la enseñanza secundaria como profesor de botánica en el Instituto Libre de Enseñanza en el año 1892, juntamente con mi padre. En 1893, los dos fueron designados profesores en el Colegio Nacional de Buenos Aires. He tenido en mi poder sus fórmulas para clasificar las plantas y he tenido el placer de asistir a la ceremonia de la colocación de su retrato en el Instituto Libre al frente del laboratorio de ciencias naturales. Allí sigue presidiendo a profesores y estudiantes.

Conocí tres libros en mis estudios de las ciencias biológicas, en el colegio secundario, que me sirvieron de guía y de modelo: la *Botánica* de Carlos Berg, la *Zoología* de Ángel Gallardo y la *Anatomía* de Jaime R. Costa. Gallardo y mi padre sustituyeron a Carlos Berg en botánica y zoología, alternativamente, en el viejo Colegio Nacional Central.

*El hombre de ciencia:* El hombre de ciencia que fue Gallardo permanece mucho tiempo oculto, pero de súbito aparece. Esa aparición no fue demasiado precoz ni demasiado tardía. Fue simplemente oportuna. No fue el clima espiritual del ambiente el que creó la atmósfera para que este hombre surgiera. Él creó el clima con su inteligencia, sus intuiciones y sus teorías. Obsérvese que no fue un simple naturalista descriptivo sino un naturalista creador. Si el estudio de las hormigas, de las abejas y de las avispas —todas primas hermanas— despertaron su curiosidad, de inmediato se sumergió en la interpretación de la división celular, de la kariokinesis, el más complicado y misterioso, el más aritmético y armonioso, el más trascendente de los problemas de la biología general. La teoría celular fue comprobada pri-

mero en el reino vegetal y luego en el animal. Es en el siglo XVIII que Hooke en Inglaterra, Malpighi en Italia, Leuwuenhoek en Holanda observaron las primeras células huecas de paredes rígidas. Fue este último el que vio las células vivas en los glóbulos rojos de los batracios. En fin, todo edificio orgánico está constituido por células cuyo protoplasma es la sustancia viva. Si Arquímedes pudo decir: "Dame una palanca y un punto de apoyo y levantaré el mundo", Malpighi pudo exclamar: "Dame una célula viva y constituiré un organismo vivo".

¿Dónde terminó por ubicarse este espíritu tan grande e inquieto, que se llamó Ángel Gallardo? En el lugar más pequeño: en una célula viva, para estudiar la división del núcleo. Por eso veía a los hombres tan pequeños, tan vanidosos, y a muchos, como células muertas, con la membrana externa, sin protoplasma y sin núcleo. Creo que Juan P. Ramos, que estuvo a su lado durante cinco años, cuando Gallardo presidió el Consejo Nacional de Educación, "para argentinizar la Argentina", conocía muy bien la psicología de este hombre tan callado, cuando escribía: "Gallardo, hombre de ciencia, trabajador infatigable, creador de doctrinas biológicas que corrían por el mundo, dueño de una buena cultura literaria y artística, que había estudiado las hormigas con amor, que enternecía a sus oyentes cuando les hablaba de ellas, que conocía los grandes maestros y las altas instituciones científicas de Europa —a la cual había viajado en más de cinco oportunidades—, que se carteaba con sabios eminentes de todos los países, no creyó jamás que la ciencia que profesaba y enriquecía, en la medida de sus fuerzas, le impedía verse a sí mismo y a los demás como hombres de carne y hueso, que andaban por el mundo como espectáculo de una psicología viva que enseña tanto al buen observador como un centenar de áridos tratados sistemáticos, en que lo particular del individuo desaparece ante lo general de la vida psíquica".

En su laboratorio, conversando con las hormigas, o en el jardín con las abejas y las mariposas, o en el Ministerio con los diplomáticos cargados de condecoraciones, era siempre el mismo, sencillo, modesto, cordial, tolerante y sonriente.

La primera lección moral no la recibió Gallardo de los hombres, sino de los insectos y de entre ellos, la de los más

escondidos y silenciosos, la de las hormigas que trabajan durante las cuatro estaciones del año sin tener vacaciones. Él nunca tuvo vacaciones; éstas las vivía en su quinta de la calle Canning primero o en la que tenía en Bella Vista después. Era un solitario pero no un misántropo. Prefería conversar en silencio con las hormigas y las abejas y también con las flores, a tener diálogos con los hombres importantes que suelen ser los menos importantes. Sabía sonreír y sabía perdonar la fatuidad de muchos actores que se desesperan por estar en el tinglado de la historia. Poseía una virtud terapéutica: el buen humor. Con el buen humor se defendía de los solemnes y de los pedantes. Con una anécdota oportuna hacía callar a un verborrágico incoherente. ¡Cuánto le habían enseñado las abejas, las hormigas y las avispas!

*El universitario:* Llegó Gallardo al rectorado de la Universidad después de haber sido profesor de zoología en la escuela que lo había doctorado la primera vez, en la Escuela de Medicina, en el Colegio Nacional Central, en el Instituto y reemplazando a Ameghino en la dirección del Museo Nacional de Historia Natural. Era un naturalista, un matemático, un hombre de ciencia, un investigador. En sus varios viajes a Europa había sido asiduo concurrente a los cursos de Le Dantec, Guiard, Loiseul, Guignard, como asimismo al de Bequaquerel, sobre electricidad, para completar sus estudios sobre imitosi. Era un talento polimorfo y por eso sus curiosidades eran múltiples. Se imponía por su sabiduría científica y por su sabiduría moral. No ambicionaba cargos públicos, ni títulos pomposos. Era el Rector ideal que todos ambicionábamos, fuera de todo círculo, de toda escuela, de toda doctrina cerrada. Concebía la Universidad como un centro de ciencias superiores en sus diversos aspectos y sobre todo una escuela de moral, de nobleza de sentimientos puros y de grandes sacrificios. Era necesario espiritualizar la Universidad y no una escuela superior de técnicos que han perdido el alma en los laboratorios. Decía muy bien Ibarguren al hacer su elogio: "La ciencia no ha ahogado el alma de Gallardo con el concepto materialista del Universo, de la vida y del destino humano, ni ha sofocado su fe profunda en las fuerzas espirituales profundas: la creencia en Dios y el amor venerable a la Patria". Al asumir el alto cargo de Rector de la Universidad de Buenos Aires, proclamó el siguiente concepto nacionalista que los profesores y estudiantes argentinos deben tener grabados en sus

corazones: "La Universidad no puede abandonar su ideal patriótico y nacionalista que es la razón misma de su existencia. Se ha dicho muchas veces que la ciencia no tiene patria. Pero la Universidad no solamente tiene por misión el estudio y progreso de las ciencias abstractas, sino también la formación del carácter nacional y de las clases dirigentes de la sociedad. Esto es particularmente imperativo en un país nuevo, sin unidad étnica ni cultural, que va creciendo rápidamente por el aporte inmigratorio de muchos países, habitado por razas diversas con distintas culturas en un estado más o menos elevado de desarrollo".

Este programa era muy justo, muy lógico e irrenunciable, y en cumplirlo se empeñó el talentoso y paciente Rector. Había que fortificar la disciplina y la vigorizó; había que terminar con los exámenes superficiales y de forma y los hizo sustanciales y de fondo; había que realizar trabajos prácticos verdaderos, es decir, experimentales y no teóricos sin sustancia; había que hacer concursos de aptitudes y no de recomendaciones y se hicieron auténticos y sin ningún disfraz; había que formar un profesorado apolítico y no insertado por la política exterior y tal política se esterilizó. En la Universidad, en ciertos períodos, la gimnasia de las inteligencias para adquirir la sabiduría había sido sustituida por la gimnasia eléctrica para llegar pronto a los doctorados y luego a las diputaciones. Todo eso desapareció. El Rectorado de Gallardo fue terapéutico y profiláctico. Ignoraban los oscuros ambiciosos que aquel hombre tan tranquilo venía de los fondos de un laboratorio donde había aprendido a enseñar y a aprender, cuyos amores más profundos los mantenía con la verdad, con la belleza y con el bien. Era al mismo tiempo hormiga, abeja y llegado el caso avispa, cuando era necesario aguijonear a los indolentes, los incrédulos, los simuladores y también los falsos inocentes.

Hay ciertas actitudes de Gallardo que nos desconciertan y parecen estar en contradicción con su gravedad habitual, su silencio reflexivo, su prudente serenidad. Me refiero a su humorismo. En su vida exterior era un hombre de mundo, mejor dicho, un hombre del mundo: cordial, tolerante, resignado, abierto, atildado, lo suficiente para no aparecer extraño y hurafío. Cuando tenía delante de él un hombre capaz de comprenderlo se acercaba al interlocutor sin entregarse. ¿Por qué algunas veces se sonreía y otras veces bromeaba? Porque había descubierto que las hormigas eran

muy superiores a los hombres. Sus sonrisas, sus ironías, no eran ácidas ni amargas. En el fondo eran tristes. Comprendía las debilidades humanas y las perdonaba por anticipado. Si alguna vez criticó nuestras costumbres políticas, desaparecía la hormiga y la abeja y aparecía la avispa. No lo hizo para herir, para castigar; lo hizo para corregir, para purificar, para curar. ¡Cuántas cosas le habían enseñado las hormigas pacientes, cuántas las abejas aladas, cuántas las avispas finas y penetrantes! En el libro de la naturaleza y en los más pequeños habitantes había encontrado los más sabios maestros de moral.

Sabía sonreír e igualmente perdonar la fatuidad de muchos actores que desesperan por estar en el tinglado de la historia. Se defendía de la estupidez del género humano con el buen humor. El buen humor era su terapéutica de sabio naturalista. Le resultaban tan pequeños los hombres ignorantes y los seudosabios que son peores que los ignorantes totales.

Con una anécdota oportuna hacía callar a un verborreico incontenible. Sabía el valor del silencio que muchos no conocen. Es en el silencio de su laboratorio donde había oído las sentencias más profundas. Los hombres que piensan hablan poco o no hablan nada.

*El diplomático:* Lo más importante en la vida de un hombre de la categoría intelectual y científica de Gallardo, no puede ser la vida pública a la cual lo empujaron las circunstancias. Siempre creemos ser dueños de nosotros mismos pero eso es un sueño difícil de practicar. Él fue arrancado de su laboratorio para servir al país en un escenario lleno de fuegos artificiales y de músicas altisonantes. ¿Hasta qué punto podían inquietarlo las pasiones políticas de sus conciudadanos? ¿Hasta qué punto enorgullecerlo las representaciones diplomáticas fuera del país? Entre ser un sabio naturalista o un hábil diplomático, ¿qué hubiera preferido ser? Indudablemente que lo primero. Entre vivir en medio de las intrigas de los hombres para llegar al poder y el trabajo afanoso de las hormigas, sin trampas y sin fraudes, para asegurarse el alimento de todos los días, sin temer el invierno, ¿qué hubiera elegido? La vida de los insectos le enseñaba más que la vida de los hombres. ¡Cuánto le enseñaban las sociedades libres de las hormigas, las cooperativas fraternas de las abejas! El sistema de organización del trabajo de las hormigas es superior a la de muchos sis-

temas políticos que hoy azotan el mundo. Se rigen por un derecho constitucional no escrito pero sí cumplido, no jurado pero sí vivido.

Cuando Gallardo fue ministro diplomático en Roma o como ministro de Relaciones Exteriores, ¿representó acaso algún poder político, algún partido político, alguna tendencia ideológica? No, representaba la inteligencia argentina, el romanticismo internacional argentino, la grandeza moral argentina. Lo conocí por primera vez en Roma, al frente de una Legación cuyo edificio era pobre, destartalado y frío y su habitante, el ministro, era rico y magnífico por su cultura. Hablaba de la patria como un hijo en el exilio, con el corazón crecido por la distancia. Su poder de sugestión era inmenso, su sencillez encantadora, su poder de atracción magnético. ¿Conocen ustedes el silencioso tropismo positivo hacia la luz que producen ciertos espíritus? Ese era el caso.

Cuando ministro de Relaciones Exteriores durante la Presidencia de Alvear fue digno del presidente y de sus colegas, porque el Ministerio de este presidente estaba constituido por hombres sabios y patriotas, para gobernar dentro de sus órbitas. Cada uno de sus ministros podía ser un presidente. Fue por supuesto un ministro pacifista y amplió y fortificó las relaciones de nuestro país con las repúblicas hermanas, Uruguay, Bolivia, Chile, Brasil, vigorizando los vínculos económicos y morales.

Hay un hecho, por demás elocuente, que revela el prestigio de Gallardo fuera de su patria. Me refiero a la conmemoración del centenario de Berthelot en la Sorbona de París. Hubo en esa ceremonia nada más que dos discursos: el del presidente del Consejo Henri Poincaré, sabio y filósofo, en nombre de Francia, y el de Gallardo en representación de la sabiduría del mundo. Poincaré era un sabio descubridor que sabía hasta dónde llegan los límites de la ciencia positiva. No era un neutral absoluto en el artificial conflicto entre la religión y la ciencia. La neutralidad absoluta no existe. Sabía el gran químico francés —creador de la química orgánica— que hay una química de los sentimientos fuera de los tubos de ensayo y una física de las creencias fuera de los aparatos. Le escribía en una carta a Renan, del cual era gran amigo: “La metafísica responde a una necesidad natural del espíritu. Las afirmaciones sobre el origen de las cosas son ajenas a las ciencias positivas y no deben ser tomadas como certidumbre”. No olvidemos

que Berthelot fue ministro de Instrucción Pública en 1887 y más tarde ministro de Relaciones Exteriores. ¡Qué nos extraña que Gallardo llegara a ser ministro de Relaciones Exteriores en nuestro país. Demuestra que nuestro país era supercivilizado!

*El hombre moral:* El maravilloso mundo de la ciencia puede ser el camino que nos conduzca a la certidumbre de otro mundo que está más allá del alcance de nuestros sentidos. Esto ha sucedido con muchos grandes hombres de ciencia. El conocimiento profundo de muchas cosas que parecen pequeñas los llevaron a vislumbrar las cosas más grandes.

Cuando Gallardo estudiaba las hormigas tuvo probablemente dos alucinaciones: las vio más grandes de lo que eran y él se vio más pequeño en su grandeza. Los observadores superficiales pudieron juzgarle como un estoico, con alma fría, sin ningún sobresalto. Sin embargo hay estoicismos incandescentes que no se perciben. Hay perplejidades ocultas ante la inmensidad del universo. Es la perplejidad frente a lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño. El maravilloso mundo de los insectos es otro universo que encierra el mismo misterio que el mundo de las estrellas. ¡Qué minúsculos se sienten los sabios más grandes a medida que adquieren más conocimientos! Cuando leo las páginas de Fabre sobre la vida de los insectos me explico la grandeza de Humbolt. Gallardo no sentía por los hombres indiferencia, desdén o compasión por su vanidad o su soberbia. Sentía una mezcla de amor y de piedad. Endulzaba la amargura de sus juicios con su bondad infinita. Creó que Terán hizo sobre él un retrato moral incomparable. "Como Pascal —escribió— por entre la claridad categórica de los números y las magnitudes, o Pasteur más allá de los seres infinitamente pequeños, o Lapparente en el jeroglífico de las rocas, o Smith en el caos mudo del hombre primitivo, los ojos de Gallardo sorprendiendo los hábitos y la organización de las hormigas o las líneas de la fuerza contenida en la célula, recibieron la iluminación de la grandeza del creador, se confesó criatura de Dios y encontró en esa gracia el alfa y el omega de la vida. Esa luz, como un foco central, explica la armonía de sus múltiples virtudes, en la que el desapego por el bullicio y la lucha no era un desencanto ni un desdén sino la certidumbre de una excelencia mayor que la del triunfo sonoro de una grandeza apacible,

serena y ardiente, una grandeza que no requiere las grandes palabras ni los gestos teatrales.”

Cada día comprobamos cómo la historia no tiene un motor más poderoso ni la sociedad otra escuela mejor que los grandes hombres. Debemos repetir aquí lo que hemos dicho en páginas anteriores. Su vida interior era mucho más profunda que su vida externa. Tenía el pudor íntimo de muchas ideas y sentimientos y le eran antipáticos la ostentación y el exhibicionismo. Sin embargo, él adivinaba lo que otros sentían como él y lo ocultaban. Hay tesoros que se esconden y hay que respetar a los que los guardan. Un día se producen revelaciones milagrosas. He aquí una historia auténtica que no es una anécdota imaginada. Pasteur y Claudio Bernard eran entrañables amigos. Se comunicaban sus estudios, sus experiencias, sus hipótesis, sus éxitos y sus fracasos. Nada hace más amigos a los hombres, nada los une más que combatir en el mismo campo de batalla, con las mismas angustias, las mismas esperanzas y las mismas desventuras. En el mundo científico las luchas son silenciosas y los heroísmos se desconocen. La persecución de una verdad, apenas entrevista, tiene caídas y resurrecciones, dudas y certidumbres. La gente las ignora. No se aplaude el esfuerzo, el dolor fecundo o infecundo. Se consagra el éxito. Las derrotas dolorosas nadie las conoce.

Pasteur era un creyente. Claudio Bernard un incrédulo. Un incrédulo que tenía aprisionado a un creyente que no conocía otro horizonte que el de su laboratorio. La única religión que practicaban juntos era la de la ciencia. No ignoraban que sus verdades científicas no eran eternas y se modificaban inesperadamente. Sólo algunos principios eran permanentes. La búsqueda era continua y muchas veces incierta. El heroísmo de la inteligencia y de la voluntad siempre tensas. No había reposo posible.

Jamás hablaban estos grandes hombres sobre temas metafísicos o teológicos. Vivían únicamente en los territorios que habían elegido para sus exploraciones. Pero había una actitud diferente en el bacteriólogo y en el fisiólogo. Pasteur era más tranquilo, más reposado, más sereno, más feliz. Claudio Bernard más ansioso, titubeante, perdido, y sin duda triste. Lo cierto es que estábamos en presencia de dos hombres que preparaban un diálogo trascendente. ¿Quién preguntaría primero y quién respondería después?

El silencio los acompañaba con su paso lento, custodiado por interrogantes. El que iba a preguntar era Pasteur, pero parecería tener miedo de la respuesta y que ésta fuera negativa. Cierta tarde salían juntos del laboratorio del fisiólogo, ya entrada la noche, e iban del brazo. Recorrían como siempre la misma calle del barrio latino, ese barrio en que la juventud sonríe, ama, canta y sueña. Era un barrio para ellos, jóvenes perpetuos de la inteligencia y del corazón.

La noche había entrado. No se veían transeúntes por la calle. El cielo estaba azul. Las estrellas brillaban. Reinaba un silencio que anunciaba la aparición de una luz en una de aquellas almas o en las dos. De pronto, Claudio Bernard dejó el brazo de su amigo, se alejó unos pasos, se detuvo, miró el cielo unos instantes y le dijo en voz baja: "Éste es mi altar: ésta es mi misa..." Pasteur comprendía aquel alumbramiento. Estaba conmovido. De nuevo lo tomó del brazo y en silencio, con los ojos húmedos, volvieron serenos a sus casas.

Ángel Gallardo era un lector frecuente de Pasteur al cual consideraba el prototipo del sabio, no mutilado sino engrandecido por la ciencia. Hay visiones muy circunscriptas del mundo que impiden ver a los ojos del espíritu la totalidad del universo. Para Gallardo no existía ningún conflicto entre la ciencia y la religión y escribía estas palabras: "La ciencia y la religión corresponden a dos planos diferentes del espíritu entre los cuales no debe haber interferencia. La ciencia es obra racionalista fundada en la observación y en la experiencia. De los datos suministrados por los sentidos la razón deduce principios más o menos generales. El método científico es positivista. Por su empleo se alcanza la verdad científica siempre limitada y relativa, aun en matemáticas, según lo ha demostrado el matemático y filósofo Henri Poincaré".

Ángel Gallardo como su hermano José León poseía una gran sensibilidad estética y por eso amaba la música, la pintura y las letras. José León se hizo sacerdote, fundó la iglesia argentina en Roma y se dedicó a la música sagrada. La música estruendosa, epileptoide de este siglo, no le impedía escuchar la voz de Dios.

Existen unas páginas autobiográficas de Gallardo que ponen de relieve su exquisita sensibilidad y se refieren precisamente a sus recuerdos de las vacaciones que pasaba en

una quinta lejana, lejana en aquel entonces, porque esa quinta estaba ubicada en la calle Canning. “Aquellos meses de vacaciones —escribe— tienen para mí un lánguido perfume de arrayán, unido a la música de Fausto que mi madre interpretaba en el piano, y que me seguía desde lejos envolviéndome en sus sombras de armonía. Ciertos días, quizás aquellos en los que mi sensibilidad era mayor, mi ánimo languidecía y me asustaban las palomas con su arrullo característico y melancólico. ¡Quinta aquella tan querida, como son todas las cosas que la infancia ha tocado con su belleza!”

Esa sensibilidad nunca se extinguió en su alma y reinó en todos los años de su vida. No la perdió en el estudio científico de la naturaleza. Al contrario, la acrecentó frente al estudio de los seres que crecen en la vida. Su sensibilidad era superior a su inteligencia, al fin de cuentas, son los sentimientos y no las ideas los que gobiernan el mundo. Los heroísmos más auténticos son los heroísmos silenciosos y, los silencios más supremos, pertenecen al corazón más que a la inteligencia.

He tratado de penetrar en lo posible en los pliegues más profundos del espíritu de este sabio argentino. No dudo de que, no obstante mi voluntad y mi simpatía, me he quedado en la superficie. De lo que no me cabe la menor duda, es de que de todas las dimensiones de esta gran alma —la intelectual, la científica, la social—, la más alta ha sido la estatura moral.